

Catálogo La Puente. Pedro Déniz  
Gobierno de Canarias, España, 1998.  
ISBN 84-7947-227-8

AU REVOIR  
Clara Muñoz

Introducir un mensaje dentro de una botella y lanzarla al mar con la intención de que alguien la encuentre y pueda leer su contenido, podría entenderse como un juego incierto, como un gesto romántico o como el último refugio de un mensaje desesperado. Es entonces cuando se inicia la vía poética del más improbable medio de comunicación. La posibilidad de que una botella en esas condiciones llegue o cumplimentar tan ajetreado trámite es tan pequeña que ninguna persona, en su sano y razonable juicio, lo plantearía como una alternativa mínimamente eficaz.

Pero si se produjese la remota casualidad de que alguien la encontrase alguna vez en alguna costa lejana, depositada sobre la arena como una concha, o si, arrojado por alguna de esas corrientes que dan la vuelta al mundo, acabase tintineando entre los mariscos de cualquier país distante, entonces, es probable que se produzca algo parecido a un prodigio. La casualidad vincularía al remitente y al destinatario a lo largo del tiempo y del espacio.

En ese momento, el mensaje adquiriría un nuevo significado. Ya nada sería igual al instante del envío, ni las personas, ni los signos, ni la tierra, ni la vida, ni siquiera el mar. Lo más probable sería que acabe por romperse entre las rocas, atrapada por alguna de esas enormes redes que lo pescan todo o triturado por las mandíbulas batientes de algún monstruo marino. En cualquier caso podría ir a parar al fondo del mar; a ese lugar donde se reúne poco a poco todos los objetos que componen el mundo. Podría confundirse con el agua, con ese elemento que tiene cuerpo, alma y voz siendo, además, una realidad poética completa.

Más de cien botellas transparentes con mensajes se echaron al mar en El Hierro, cerca del Faro de Orchilla, en el lugar donde antes se encontraba el Meridiano 0. Pedro Déniz, que desde finales de los años ochenta lleva madurando esta idea, será ese cartero esporádico, llevará consigo un cargamento de envases con todo tipo de recodos, mensajes, poemas, notas, avisos, misivas, escritos, narraciones, poemas visuales, poemas objetos, dibujos, pinturas, grabados, pequeñas esculturas, objetos, etc., dispuestos a flotar a la deriva en tan frágil embarcación.

Todas las botellas serán iguales, partirán de un mismo lugar y se moverán en un mismo elemento, sin embargo, el azar las irá seleccionando. Se desplazarán bajo la influencia de la luna

y de las corrientes, que los conducirán lentamente hacia cualquier porte. Ningún punto de las costas del mundo puede dejar de ser candidato a convertirse en la sede final del viaje.

Sin embargo si existe un tiempo máximo: el tiempo que el mar necesita para disolver cada envase. No podrán navegar eternamente como el holandés errante y perderse en el tiempo. Existe un límite para ser encontradas que se localiza más allá de nuestra propia existencia. La erosión de los recipientes los aproximaría a un estado a medio camino entre lo natural y lo artificial y probablemente, los contenidos adquirirán un aspecto bastante más pastoso.

Depositar más de cien botellas con mensajes en el mar no puede tener un objetivo más incierto y es esa incertidumbre, la que nos hace soñar, la que abre la vía de los deseos y por eso nos seduce. Podríamos pasar horas observando cómo se alejan, flotando, flirteando con las olas y realizando profundas reverencias al viento que les desplaza. Inflexibles, rígidas, erguidas, con sus mástiles transparentes meneándose hacia el horizonte, iniciando un proceso de disolución que comienza con su propia figura difuminándose entre la bruma y la distancia hasta formar parte del paisaje y desaparecer haciéndonos sentir lo nostalgia de los que nos quedamos siempre en tierra.

Artistas de España, Italia, Francia, Reino Unido, Marruecos, Argentina, Uruguay, Japón, etc., han sido invitados por Pedro Déniz a participar enviando por Mail-Art cualquier cosa que estimen oportuno para ser encontrado, con la única condición de que pueda ser introducida dentro de una botella o incorporada a ella.

Para Pedro Déniz la botella simboliza el lugar donde se almacena la memoria, la evocación, el recuerdo, la información, el deseo... siendo además uno de los temas sobre los que trabaja desde hace tiempo. En su anterior exposición titulada A la deriva, que fue realizada el año pasado en La Palmita, Sala de Exposiciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, nos hablaba de la confusión informativa que vivimos hoy en día en un mundo que vive perturbado por los medios de comunicación de masas. Aquella muestra, compuesta por múltiples pinturas y cuatro instalaciones, junto con los trabajos actuales configura la trayectoria de un creador preocupado por hablarnos de unos tiempos marcados por la dispersión, la contaminación, la saturación y lo simulación. Poco a poco, ha ido madurando su reflexión en torno a la información y los medios de comunicación de masas en un mundo en el que el exceso de información nos hace cada vez más herméticos y distantes con los más próximos.

Las botellas con mensajes parecen dejarnos al ser entregadas a las fuerzas de la Naturaleza. Los espectadores permanecen en tierra mientras observan cómo inician una enigmática aventura en la que ya no es posible intervenir. El protagonismo del hombre como sujeto es sustituido por el azar y las circunstancias. En la instalación titulada El pozo, son los objetos los que parecen quedarse atrás, en un lugar que se sitúa más allá de nuestro propio recuerdo. El protagonismo de las botellas establece un contrapunto con la situación marginal de todas esas cosas que han dejado de servirnos, que ya no nos interesan y por eso han formado parte del ajuar mortuario

del olvido. Sus formas, sus detalles se desvanecen en nuestra memoria, por eso han sido forradas con una tela gruesa que las desingularizan. A veces no recordamos ni siquiera su utilidad y les suponemos funciones que le son ajenas. Asociamos batallas sangrientas a espada realizadas para servir de mera ornamentación. Botellas que ya no alegran con su contenido ninguna mesa. Un lavabo en el que ya no es posible lavar el polvo que niega el esplendor y el lujo. Sólo sobrevive la forma; un asunto de mera piel vacía de toda función y por eso abierta a cualquier interpretación. Una botella atrapada en un barreño lleno de agua salado. Frente a este, un sofá donde podemos sentar cómodamente y que acoge una pequeña mesa ornamentada con objetos cotidianos encima de la cual se encuentra un televisor encendido. En la pantalla podemos ver la botella sumergida en el agua del barreño que se encuentra detrás. Una secuencia de imágenes realizadas con fotocopias donde podemos leer la palabra mareado se ubica en la pared. Cuatro cuadros de pequeño tamaño, elaborados con los tickets que suelen usarse para guardar turno en las colas de las tiendas, conforman un mosaico de diversos momentos de la historia cotidiana. Un pequeño barco, deteriorado por el peso del tiempo y orientado hacia el oeste. Simula una de aquellas goletas en las que los conquistadores viajaban a América, evocándonos el paso del tiempo y despertando nuestra memoria. Todas estas piezas, creadas por Pedro Déniz, han sido bautizadas con el nombre de Fragmentos de Realidad, siendo para su creador pedazos del universo artificial que, combinados sin atender a ninguna normativa racional, nos sugiere esas realidades entrelazadas que encontramos en nuestro mundo mediático actual. El mareo informativo causado por los mass media es consecuencia de ese continuo bombardeo de mensajes que no podemos asumir, ni analizar. Los reality shows de televisión parecen buscar estimular las sensibilidades de los espectadores ante una serie de acontecimientos exhibidos para que así lleguen directamente a nuestros neuronas y hacernos sentir culpables. Las compañías electorales con promesas incumplibles. Las bodas de cuento de hadas de las monarquías europeas con toda su pompa y boato. Las guerras que amenazan con escenas espeluznantes nuestra sobremesa. Los accidentes, las violaciones, los maltratos a mujeres... son algunas de las noticias informativas que nos envuelven las veinticuatro horas del día en la prensa, las revistas, la televisión y en el mismo cine. Siempre que paseamos por la ciudad nos viene al pensamiento ecos, vivencias, personajes o lecturas de otros tiempos mezclados con los del presente y con ese futuro imaginario que vamos construyendo cada uno diariamente. La imaginación es fundamental en nuestra vida. Bachelard nos asegura que es imprescindible para poder inventar la vida nueva y el espíritu nuevo, abriendo los ojos hacia nuevos tipos de visión y ensoñación.

Muchas de las casas, calles, caminos, playas y montañas que vemos al pasear llevan allí tantos años que han servido de decorado para múltiples realidades vividas a lo largo del tiempo. En la ciudad que hemos heredado se entrecruzan historias tan diferentes que sólo, desde una mirada múltiple, podemos encontrar conexiones entre estos fragmentos que forman el calidoscopio multicolor de nuestro mundo.

Desde la cotidianidad de cada individuo, podemos detectar distintos tipos de realidades. Por un lado la que se deriva de un comportamiento más relajado, muchas veces compartida con su

entorno más íntimo, que se deja mediatizar por los mensajes que continuamente envía la televisión. Por otro la del lector más audaz que investiga sobre cualquier temática social, cultural o científica, o la de aquel que apuesta por la informática y se pasa horas ante la pantalla del ordenador navegando por internet. Todos estamos inmersos en las distintas realidades que ofrece la existencia. Lo sutil, lo ambiguo, el rechazo, la atracción, la tensión, la relajación, el desplazamiento, el amor, el odio, la pasión, la enfermedad, la existencia o la misma muerte, generada por lo vida y sus acontecimientos, hábito entre nosotros sin distinción de sexo, raza, clase social o edad.

Baudrillard asocia la imagen televisiva con nuestra época. Para este pensador la televisión es el objeto definitivo y perfecto de la nueva era. Nuestro propio cuerpo y todo el universo circundante se convierte en una pantalla de control. Cada uno de nosotros cuando tenemos en las manos el telemando o el teclado del ordenador sentimos que formamos parte de una terminal de múltiples redes, con capacidad para regularlo todo desde lejos. La sala de estar de nuestra casa o el despacho de trabajo está cada vez más cerca de la ciencia ficción. La presencia de la televisión cambia las relaciones humanas en nuestros hogares.

Aprendemos, sentimos, deseamos, amamos, fantaseamos, condenamos, exigimos, enseñamos, educamos, viajamos y hasta nos vestimos con el rasero que la pantalla nos impone. Con ella visitamos todo el planeta en pocos segundos, conociendo hasta los más recónditos espacios del fondo del mar y algunas especies en extinción. La vida privada de lady Diana, su muerte y hasta sus intimidades inconfesables. El problema de los kurdos o de los Indios del Canadá. Hemos aprendido el mundo con la pantalla virtual y por ello la realidad aparece cada vez más próxima a un cuerpo desierto que ha dejado de interesarnos.

Nuestra existencia está inmersa en una sociedad consumista que reclama continuamente el espectáculo porque sin él dejaría de existir la acción y sin ella se desvanecerían las escenas trepidantes de la película de la vida contemporánea. Las revistas del corazón y la propia televisión nos ponen al corriente sobre todos los escándalos acaecidos en el mundo. Baudrillard nos advierte de que vivimos en el éxtasis de la comunicación, siendo ésta obscena. No es sólo lo sexual lo que se vuelve obsceno en la pornografía. Hoy existe toda una pornografía de la información y la comunicación. Es decir, circuitos y redes, que buscan darnos una noticia rápida de cualquier cosa, disolviéndose así cualquier acontecimiento en información y comunicación.

Lo que caracteriza a nuestra época es la celeridad con la que nos llegan las noticias de un punto al otro del mundo con una vertiginosidad imparable que ya no tiene retorno. Vivimos unos tiempos en los que se ha puesto fin a la interioridad y la intimidad. En la era de la comunicación, en la época de la tecnología punta aplicada a la información, el individuo ha dejado de reflejarse en el mundo siendo la pantalla del ordenador o de la televisión la que habla de nosotros y nos representa.